

# WILL

## Invierno, tercer año

**B**ridge se fue hace mucho tiempo.  
No va a regresar esta noche. Puedo sentirlo.

Estoy de pie en la entrada del taller, observando el anochecer de diciembre, esperando escuchar el sonido de su camioneta. Cuanto más largo se hace el silencio, más me inquieto. Cuando ya está tan oscuro que no es posible distinguir el cielo del suelo me encuentro caminando de un lado a otro.

Solo me había sentido así una vez, cuando éramos niños, en la playa, y todavía nos estábamos conociendo. Sin que me diera cuenta, Bridge acercó sus labios rosados a mi oído y dijo: “¿Alguna vez piensas en nadar hacia el horizonte y no detenerte hasta llegar allí? ¿Solo para ver?”. Luego saltó y corrió hacia el agua, y el pánico transformó mis venas en cables en llamas. Ella

todavía no comprendía el océano. “Espera, no lo hagas”, le grité pero no se detuvo hasta que dije: “¡Puedo nadar más rápido que tú! ¡Te lo apuesto! ¡Veinte billetes!”. Bridge siempre supo sacarme de mi eje. La mayoría de las veces es algo genial.

Pero no esta noche.

Lo supe desde el momento en el que se fue a la fiesta: debería haberme tragado mi orgullo e ir con ella. No importaba que tuviera otra cosa planeada para nosotros. Tendría que haber ido. Pero no por sus razones (*¡Los padres de Leigh nunca salen de la ciudad! ¡Tenemos que celebrar que terminamos con los exámenes! ¡Aprovechar para desahogarnos!*), sino por las mías. A pesar de que casi odio las fiestas (sé que es como un sacrilegio adolescente), debería haber ido solo porque ella quería que lo hiciera. Nuestro tiempo juntos está en la cuenta regresiva.

El tercer año va a terminar antes de que lo notemos y, pronto, Bridge va a elegir una universidad. Aunque nunca lo dijo, sé que no será aquí. Ella no es la clase de chica que se queda en un solo lugar. Pertenece a todos lados.

Vuelvo a entrar al taller y presiono el interruptor que está junto a la puerta. Las luces blancas de Navidad que arreglé anoche en las vigas del techo se encienden por un segundo antes de que uno de los focos estalle y se apague la hilera central.

*Uh, mierda.* Me apoyo sobre la mesa de trabajo para desconectar las luces quemadas. Las que quedan son demasiado tenues y hacen que las paredes y los estantes luzcan amarillos y desgastados, como periódicos viejos. Se suponía que sería una forma romántica de felicitarla por haber terminado con sus exámenes. Si algo aprendí de las películas que Bridge ama secretamente, es que las chicas se vuelven locas bajo las luces de Navidad. Luces de Navidad y velas. Es ciencia femenina: cuanto más pequeñas sean las luces en una habitación, más probable es que una chica se quite la ropa en ese lugar.

Desenrosco las luces, las arrojo sobre la mesa y casi derribo la botella de sidra y la caja de donas Cinotti. De pronto veo el taller como ella lo vería cuando entrara: las débiles luces colgando sin gracia de las vigas; la falsa bebida alcohólica y la caja de donas abollada. *Patético.*

Ya debería saberlo. Cada vez que planeo un momento romántico entre Bridge y yo, el momento desaparece antes de que ella sepa que iba a pasar. De alguna forma, las cosas funcionan igual entre los dos. Como la noche en la que se suponía que le diría por primera vez en voz alta que la amaba. Fue en primer año, nuestra primera fiesta en la secundaria. Fui porque ella estaba emocionada y porque mi mamá, por algún motivo, quería que fuera. Siempre tuvo una imagen muy clara de lo que esperaba que yo fuera. Sinceramente, creo que me imagina peleando con los puños con otros chicos en las fiestas y diciendo cosas como *Nah* y *Bah*.

La fiesta era de una chica de tercer año llamada Isabella, sus padres eran la clase de personas que dicen cosas como *Si vas a beber, prefiero que sea en casa*. Esa noche supe que las cosas iban a cambiar para Bridge y para mí. Ya no seríamos *Wil y Bridge, un amor platónico de la infancia*. Nos veríamos a través de una sala o cocina llena de gente y mágicamente nos transformaríamos en *Wil y Bridge, elegantes máquinas de amar de primer año*. O algo. Practiqué frente al espejo; estudié cómo se veía mi boca diciendo cosas nuevas como *Eres la chica más buena onda que he conocido. Somos el uno para el otro*.

Me presenté en la fiesta con unos pantalones cortos color caqui, una camiseta nueva que mi mamá había planchado y el cabello rígido por algún gel que había encontrado en el baño de mis padres. El clásico uniforme de máquinas de amar en todos lados. Tenía mi discurso preparado. Bridge ya estaba allí cuando llegué al patio trasero de la casa de Isabella. Le pedí especialmente que fuera sin mí. No puedes notar a alguien a través de un jardín lleno de gente si llegan juntos.

Esa noche se veía quizás más hermosa de lo que la había visto nunca, llevaba pantalones cortos y una camiseta blanca, se había trenzado el cabello pero estaba suelto alrededor de su rostro. Buck Travers le estaba dando una cerveza. Metí las manos en los bolsillos y traté de encontrar su mirada, pero sus ojos miraban a cualquier otro lado así que renuncié al gran momento romántico y me acerqué a ella.

“Ey, Buck”, dije y me detuve a mitad de camino entre ellos.

“Hines, hombre. ¿Cómo va todo?”, me saludó Buck bajando el ala de su sombrero de camionero.

“¡Will!”, Bridge levantó la vista de su vaso y me sonrió como si estuviera sorprendida de verme. Enlazó sus brazos alrededor de mi cuello. Olía como Bridge, y quizás demasiado a cerveza. “Estoy encantada de que hayas decidido venir por una copa, amigo. ¿Te apetece una pinta?”.

“Uh, ¿qué?”.

“Estamos hablando con estilo británico, cariño”, me explicó.

“Brillante, querida”, dijo Buck sin entusiasmo, cosa que a Bridge le pareció hilarante.

“Eh. Hines. Wil Hines”, intenté. No soné para nada como James Bond, pero Bridge se rio más fuerte de lo que lo había hecho con Buck.

“Te ves elegante”, comentó con una sonrisa.

“Es australiano, creo. Pero, como, bueno”, dije. Ella se encogió de hombros y tomó un trago de su bebida.

“Señor Travers, ¿sería tan amable de traerle una pinta al señor Hines?”.

“¿Eh?”, Buck sonó como un idiota.

“Tráele una cerveza”, le dijo Bridge.

“Ah, sí. De acuerdo”, respondió él pasando la lengua por sus labios.

“Genial amigo, gracias”, le dije. No quería una cerveza, pero quería que Buck se fuera. “Eh. Oye, ¿crees que podríamos hablar sobre algo?”, pregunté en cuanto él se fue.

“Estuvo coqueteando conmigo toda la noche”, me dijo Bridge con una mano sobre mi pecho.

“Uh...”, no supe qué responder a eso.

“Pero, ¿sabes qué?”, se acercó y su cabello nos envolvió a los dos. “Te deseo a ti”.

“Yo...”, respiré profundo, ¿seguíamos fingiendo? Mi cuerpo se debatía entre el nirvana y la devastación. “¿Estás...?”.

“Te deseo a ti”, me dijo otra vez, con la voz normal de Bridge y la mirada fuerte y clara. Y luego me besó.

Siempre pensé que las chicas debían saber dulce, como algodón de azúcar. Pero Bridge sabía como flotar en el océano y broncearse lentamente. Sabía a césped, aire salado y mango, como los músculos adoloridos luego de un día en el taller y como el sonido de las olas a las tres de la mañana. Ella era todo lo bueno en mi vida. Y me quería a mí. Incluso sin un gran momento romántico.

De regreso en el taller me subo a la mesa y tiro de la punta del cable verde. Estiro las luces con cuidado hasta que el cable se desliza de la viga y termina tirado a mis pies. Lo enrosco entre mi hombro y la palma de la mano una y otra vez hasta que forma un óvalo perfecto. Luego ato una de las bandas para bolsas de basura de papá en cada extremo del óvalo. Papá no perdonaría un trabajo hecho a medias, aunque sea en pos del romance. Guardo las luces en el último compartimiento de la caja de herramientas.

—De acuerdo. Me voy —les digo a las paredes.



Llevo las ventanas bajas mientras conduzco por la Intracostera. En su mayor extensión cierro los ojos solo por un segundo, imagino a Bridge y

la forma en que sus ojos pasan de color verde a ser como el agua cuando está sorprendida o avergonzada. Estará sorprendida, eso es seguro.

Reconozco la calle de Leigh un poco tarde y tengo que girar demasiado rápido, casi golpeo el costado de un radiante BMW nuevo. Hay autos estacionados a ambos lados de la acera en toda la calle. Ya entiendo por qué Bridge se enfadó cuando me negué a asistir. Todos los chicos del tercer año deben estar aquí. Estaciono detrás de un Jeep con una calcomanía brillante que dice *SALT LIFE* y camino unas calles de regreso a la fiesta.

El aburrido rugir de la fiesta se escucha detrás de los tres pisos de concreto. Comienzo a caminar por la entrada de la casa, que está adornada con pequeñas luces a ambos lados, como si fuera una pista de aterrizaje en miniatura.

—¿Wil? ¿Eres tú?

Miro hacia la casa. Hay una chica, que no es Bridge, sentada en la escalinata de la entrada. Tiene un vaso de plástico rojo justo debajo de su rodilla.

—Sí...

—Soy Ana... ¿Acevedo? —termina la frase como si no estuviera segura.

—Ah. Claro —no la conozco bien, solo sé que es parte del grupo de Emilie Simpson. Una de las domadas, creo. Participa mucho en clases y, si te toca estar en un proyecto grupal con ella, tienes un diez asegurado—. ¿Qué estás haciendo aquí afuera?

—Emilie. Me arrastró hasta aquí pero ya está demasiado ebria. Nada es tan divertido cuando lo único que estás tomando es Coca Zero —responde encogiéndose de hombros. Levanta su vaso por encima de su cabeza balanceándolo de un lado a otro como una chica ebria—. ¡*Woooo!*

Me hace reír. Las pequeñas luces solo la muestran en partes: pantalones cortos de jean, cabello largo que parece mojado, un tirante de sostén rosa que trato de ignorar.

—Creía que tú tampoco eras la clase de chico que va a fiestas —me dice.  
—No lo soy en verdad —la razón por la que alguien querría pasar su tiempo libre con personas que ve de lunes a viernes es un misterio para mí. La única diferencia entre la escuela y las fiestas es la cerveza, y yo no bebo—. Vine por Bridge.

—Cierto —sus labios se curvan hacia abajo—. Lo siento.

—Por... —mi corazón comienza a latir con más fuerza.

—Ah. No lo sé —el vaso plástico se rompe; suena como una ametralladora por la presión de su mano.

—¿La viste? ¿A mi novia? —no sé porque lo dije de esa forma.

—Estaba atrás más temprano, en el parque. Puedes enviarle un mensaje.

—Quiero sorprenderla —de repente siento un calor en la nuca, como si acabara de revelarles un secreto a Ana que debía mantener entre Bridge y yo—. Es...

—Eso es muy dulce —dice y apunta con su dedo pulgar a la puerta detrás de ella. En el llamador de la puerta hay una corona roja que parece hecha de arándanos cubiertos de nieve, a pesar de que la temperatura fue superior a los diecisiete grados toda la semana—. Suerte ahí dentro, soldado.

La saludo con un gesto y ella encoge las rodillas para dejarme pasar. Detrás de la puerta hay un grupo de chicas cuyas voces retumban en el techo alto. Paso por un juego de ping-pong de cerveza sobre una costosa mesa de pool y por un chico que conozco de trigonometría esparciendo polvo Easy Mac sobre la mesada de granito de la cocina. Me abro camino hasta el otro extremo de la casa lo más rápido que puedo y abro una de las puertas que sale al parque.

Encuentro a Leigh afuera, enroscada en una reposera junto a Wesley Lilliford, la más entusiasta actriz dramática de cabello púrpura de la Secundaria Atlantic Beach. Las dos ríen mirando el cielo. Drogadas, ebrias, o tal vez ambas; es por eso que no soy muy fanático de Leigh, en

primer lugar. Con una casa como esta y unos padres como los suyos, es probable que pueda darse el lujo de hacer estupideces por un tiempo sin consecuencias. Pero no es así para Bridge. Leigh debería saberlo.

—Ey, Leigh —me acerco a la reposera.

—¡Wiiill! ¡Viiiiissteee! —busca mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Sí, buena fiesta —le digo liberando mi mano—. ¿Has visto a Bridge?

—¿En el muelle, quizás? ¿Sentada en el muelle de la bahía? —se echa a reír y comienza a cantar una canción, Wesley Lilliford se une en la armonía. Por Dios.

—Genial. Gracias —una capa gruesa de césped seco cruje debajo de mis sandalias de goma mientras atravieso el parque. Me detengo frente al rompeolas, en donde el parque se une con un largo muelle; ahí está ella sentada en la punta. Está apoyada contra el barandal con sus largas piernas pálidas cruzadas una sobre la otra. Veo otras sombras moviéndose por el muelle, pero ella está sola, mirando el reflejo de la luna sobre el agua.

Su cabeza se inclina un poco hacia un lado, como lo hace cuando ha bebido demasiado. Su cuerpo se ve relajado y feliz, igual que el día en el que todo cambió entre nosotros, en primer año.

Pensé en gritarle *¡Ey! Te deseo a ti*, pero no es la clase de cosas que se le grita a alguien cuando hay otras personas alrededor. Abro la boca para decirle otra cosa, pero la vuelvo a cerrar al darme cuenta de que no está sola. Hay una sombra junto a Bridge sentada en el muelle. Es un chico. Buck Travers, pienso, porque está usando el mismo estúpido sombrero de camionero que usa desde que nació. Se sienta erguido y envuelve su cintura con un brazo, creo ver que ella trata de alejarlo, pero mi mente está a punto de explotar, así que puede que esté alucinando.

Él se acerca más a ella y le murmura algo que no puedo conseguir escuchar. Las vibraciones de su voz me llegan a un lugar profundo, como



movimientos sísmicos. Ella comienza a empujarlo nuevamente (*podría dejar la cabeza de ese chico plana entre estas tablas en dos segundos*), pero luego se acerca a él, justo como se acercó a mí hace dos años; y sus sombras se confunden en una sola.

Todo se detiene: mi corazón, mi respiración, la marea. Después de un momento ella termina con el beso. Se levanta de golpe y él trata de alcanzarla pero, esta vez, ella sigue caminando. Camina tambaleándose por el muelle acercándose a mí y, con cada paso, está cada vez más y más lejos. Queda apenas un metro de distancia entre nosotros cuando me ve parado allí.

—Ay, por Dios —escucho su respiración agitada y su expresión suave y terrible.

—No lo hagas —me quejo. Todo está quieto y callado. Todos están mirándonos.

—Wil —dice acercándose a mí.

—Demonios, *no* —doy un paso atrás.

—*Uuh* —se escucha a algún chico detrás de mí.

Un millón de versiones de mí mismo se debaten bajo mi piel. Mi yo furioso podría correr por el muelle para darle su merecido a Buck Travers. Mi yo devastado se desplomaría frente a Bridge, y lloraría como un niño durante días. Mi yo del cuarto curso no creería que la Chica de Alabama fuera capaz, *jamás*.

—Estoy ebria —dice. Sus ojos lucen borrosos, como manchas de acuarela.

—Eso es peor —murmuro.

—¿Cómo?

—No lo sé —quiero explotar.

—Solo... ¿Podríamos hablar?

Me quedo con la boca abierta. Ella está descalza, con el esmalte negro brillante saltado en su dedo pulgar. Nos reímos de eso ayer. Fingimos

que su dedo era una mancha de tinta y nos turnábamos para analizar a qué se parecía la parte en blanco. *¡La punta de una palmera! ¡Maine! ¡El peluquín de Donald Trump!*

—¿Ustedes... están...? —mi voz se quiebra como un papel metálico.

Sus labios se están moviendo, *No, no, por Dios, por supuesto que no*, pero su imagen, su cabello rojo como el fuego, su boca de chica ebria y sus ojos centelleantes como el agua son demasiado. Volteo y comienzo a caminar, rápidamente, abriéndome camino entre un sendero de murmullos y risas.

Corro. De vuelta por el parque, por la nube de hierba de Leigh, por la enorme casa, por la puerta principal, la calle, la camioneta, y de regreso. Recorro todo el camino de regreso a cuarto, al salón con las hileras uniformes de pupitres, las gomas de borrar con aroma a durazno, los rotuladores que te hacían sentir mareado al olerlos y la hermosa, quemada, chica nueva.

*No*, le digo al chico del anteúltimo asiento. *No te atrevas a voltear. Esa chica acabará contigo.*